

El tercer reino

Por Azul Lizeth Guerrero Manzanares

En el principio existían solo dos reinos: el mar que era reinado por Amerhis y el cielo por Caelus, ambos reinaron en armonía por siglos gobernando a sus habitantes de manera justa.

Un día como cualquier otro, Amerhis se dio cuenta de que no había un lugar donde ambas especies pudieran reunirse, las sirenas tenían que crear burbujas para que los arcángeles respiraran bajo el agua y los arcángeles tenían que congelar las nubes para que las sirenas pudieran sentarse en el cielo. Entonces decidió crear un tercer reino para todos ellos. Amerhis bajó el nivel del agua, descubriendo montañas, llanuras, bosques, valles con lagos y ríos a lo largo de todo el reino, creando así La Tierra, donde los arcángeles pudieran usar sus pies y las sirenas estar a su lado. Era un lugar inmenso y muy hermoso que simbolizaba la paz entre ambos reinos.

Al crear este nuevo reino, Amerhis usó gran parte de su poder y quedó muy débil, así que tomó un lugar en el nuevo reino, un lugar oculto donde proteger su cuerpo ahora mortal, y se sumió en un profundo sueño para recuperar su poder.

Pero Amerhis tenía un hermano, Adriano, quien después de tantos siglos como sustituto estaba harto de ser la sombra de su hermana. Él siempre había querido reinar, pero sabía que no podía acabar con su hermana él mismo, pues de hacerlo, jamás lo aceptarían como un rey y tampoco podría gobernar el nuevo reino, aún así, cegado por la envidia, aprovechó la oportunidad y se presentó en una de las nuevas ciudades creadas por los arcángeles y les dijo:

— Mi hermana Amerhis, Diosa y reina de los mares ha quedado vulnerable tras crear para ustedes un nuevo reino, y yo les diré dónde encontrarla para hacerse con su corazón.

— ¿Por qué tomaríamos el corazón de la diosa que nos ha dado todo esto? — lo interrumpió uno de los arcángeles mientras señalaba todo a su alrededor.

— Porque solo el corazón de Amerhis les dará un poder divino, poseerlo les dará el poder para controlar el océano y a todos sus seres, no habrá ser ni objeto que resista la ira del océano, no habrá arcángel más poderoso que aquel que posea el corazón de una Diosa.

— Aunque quisiéramos tomar su corazón, sólo un Dios puede matar a otro y creo que es obvio que ninguno de nosotros lo somos — dijo otro de los arcángeles, dejándose llevar por su nueva curiosidad y avaricia.

— En eso no te equivocas, pero como ya dije, ella está vulnerable, Amerhis ha dejado su cuerpo inmortal para poder recuperar su poder, además ha entrado en un profundo sueño y por ello deben darse prisa, deben tomar su corazón antes de que ella despierte. Yo les diré dónde encontrarla si ustedes me entregan el corazón pasando siete amaneceres.

— En ese tiempo pueden crear su propio reino así que no se preocupen por eso. Consíganlo, úsenlo y entréguenmelo.

Entonces un grupo de arcángeles decidido tomar la oferta que les hacía Adriano y partieron en busca del corazón de Amerhis, que justo como les había dicho, se encontraba oculta en la cueva de una enorme montaña, un lugar realmente hermoso, digno de la propia belleza de aquella Diosa, la cueva llena de agua, y en el centro un tragaluz que daba a una pequeña isla donde Amerhis ya los esperaba.

El grupo estaba formado por siete arcángeles, uno de ellos era apenas un niño de trece años que fue obligado a participar de esta atroz hazaña por su hermano, quien también formaba parte del grupo.

Amerhis los vio llegar con una amable sonrisa en su rostro, sabía a qué habían ido, pero aun así no opuso resistencia, solo les dedicó sus últimas palabras con voz armoniosa:

— Si esto es lo que he ganado por darles todo de mí, que así sea, ahora también mi vida les ha de pertenecer.

Algunos de ellos se arrepintieron al escucharla, y a otros, fue el pequeño que nunca estuvo de acuerdo con la idea de acabar con la vida de Amerhis quien los convenció de

no seguir. Solamente Ciro, el hermano mayor del joven arcángel, decidió seguir, pues verla tan tranquila la hacía pensar que solo podía ser por el inmenso poder que ella poseía, el resto del grupo falló al tratar de convencerlo y comenzaron a pelear para detenerlo.

Amerhis los vio pelear, vio morir a cinco de ellos antes de que una daga le atravesara el pecho.

Los arcángeles vieron el poder que el corazón otorgaba a Ciro y también lo desearon, se desataron guerras sin precedentes en tan solo unos días.

Adriano ante el caos y la destrucción, solo pudo pensar en una cosa: abrazar a su hermana hasta que ella pudiera calmarlo, como hacía siempre que él temía cuando apenas tenía unos siglos de nacer, así que fue a donde Amerhis se encontraba, pero lo único que encontró fue su cuerpo, frío y abandonado sobre un montón de flores, en ese momento se dio cuenta de lo que había hecho y comenzó a llenar el rostro de su hermana con lágrimas mientras la abrazaba.

El lugar se fue llenando poco a poco de sirenas y otros animales marinos que venían a ver a su Diosa y que en su lugar vieron a su nuevo rey sufrir la muerte de su hermana, para ellos él sufría por culpa de los arcángeles, sufría por la muerte de su Diosa tanto como ellos, y es por eso que en ese momento fue aceptado como el nuevo Rey del mar.

Cuando Caelus se enteró de la muerte de Amerhis, estaba furioso, descendió a la tierra con tal fuerza que la dividió, y proclamó su condena:

— Escuchen bien, pues este es su castigo por arrebatarme el corazón Amerhis, a partir de ahora, ninguno de ustedes pertenece ni a mi reino ni al de ella, los despojaré de sus alas, el mar se oscurecerá y jamás les dará la bienvenida otra vez, pues han traicionado su mundo al arrebatarme a su Diosa y ahora yo seré su condena más grande, me convertiré en una llama que arderá con más fuerza cada vez, hasta que ninguno de ustedes pueda resistir mi calor. Haré de su mundo un infierno hasta que ustedes me

liberen del mío regresándome a mi amada, aquella que les dio un reino, esa misma a quien despojaron de su corazón. El día que yo sea liberado del infierno que es no poder estar a su lado será el mismo día que la llama cesará.

— Amerhis creía en segundas oportunidades, es por eso que uno de ustedes conservará sus alas, sus descendientes nacerán con ellas como siempre ha sido, será uno de ellos quien me entregue el corazón de Amerhis para traerla a la vida una vez más.

El arcángel elegido fue Kailani, ese niño que contra su voluntad había sido parte del grupo que acabó con la vida de Amerhis.

Y tal como su Dios proclamó, los arcángeles, con excepción del joven elegido por Caelus, perdieron sus alas, los mares se oscurecieron para impedir que cualquier arcángel pudiera vivir en ellos, y Caelus se convirtió en una llama que seguirá ardiendo hasta que a su amada pueda volver a abrazar.

Solo el día que Amerhis regrese a la vida se podrán ver de nuevo a los arcángeles y las sirenas una vez más sobre el tercer reino.

FIN